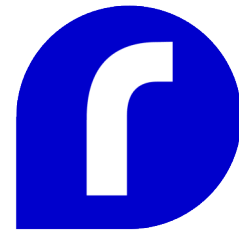


A mi salud y a la tuya...*



* Texto original publicado el 23 de marzo del 2020 en:
[Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo](#)

Dagoberto Núñez Picado

Costarricense. Investigador del campo axiológico religioso del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo (CICDE) de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad Estatal a Distancia (UNED-Costa Rica). Doctor en Educación U-Lasalle, Máster en Estudios Culturales Centroamericanos (UNA, Costa Rica) Licenciado en Teología (Escuela Ecuménica de Ciencias de la Religión, UNA) y Licenciado en Ciencias de la Comunicación (Universidad de Costa Rica).

Correo electrónico:
dnunez@uned.ac.cr

Este escrito forma parte de una serie de documentos elaborados por investigadoras e investigadores del Centro de Investigación en Cultura y Desarrollo de la UNED, donde a manera de ensayo se presentan análisis y reflexiones sobre el cómo diversos aspectos de nuestra realidad cotidiana se han visto afectados a partir de la aparición del COVID-19.

Vayamos al cristianismo, según se lee en el Diccionario RAE (Real Academia Española). Ahí leemos que salud es un “estado de gracia espiritual”. No, no es la Biblia, es el RAE. Y la Iglesia Católica recoge en su dogma que la salvación es la “consecución de la gloria eterna”; la salvación católica da cierta “inmunidad” a quien se acoge a lo sagrado. Puestos en esa tesitura, fundamentalista, me iría ahora mismo para *Ojo de Agua*.

No siendo seguidor del dogma, lo tengo en cuenta, me quedo en casa, felizmente acompañado. Pero, ¿Cómo no comentarles el hecho de que hoy por hoy y quizá por muchos días —semanas, ojalá no meses— me disponga suplicante, desde mi fe antropológica—disculpen la tautología—actualmente local y potencialmente planetaria, me agarre a la esperanza feliz, junto a otras personas que vivimos la consecuencia humana del covid-19? Subrayo, consecuencia o efectuación humana, ecológicamente visto. Y también subrayo que no es banal que sintamos la necesidad de rezar y sentirnos juntas y juntos en eso, como hermanas y hermanos que compartimos destino.

¿Dónde estamos parados y hacia dónde vamos es un asunto de redes humanas? Vean ustedes lo que hace su majestad el Covid-19. La pregunta es política porque es interior a cada pequeña red y porque la hacemos, como individuos que esperan, y sabemos que la respuesta que construyamos, nos toca a todas y todos, en redes cada vez mayores. El filósofo de la ética Robert Pirsig, utiliza la noción de “grados de responsabilidad” como criterio para decir que si bien “todos” somos responsables —digamos aquí, de las consecuencias de expansión de la pandemia—equivale también entender que no todos somos responsables de la salud pública, de la misma forma: hasta la Real Academia Española, en su Diccionario, expresa que salud es “el conjunto de condiciones mínimas de salubridad de una población determinada, que los poderes públicos tienen la obligación de garantizar y proteger”.

El contexto político de la salud pública debe asumirse con la responsabilidad total, reticular, global: quiere decir que habla de responsabilidad bio-planetary. El Covid-19 nos lo restriega en la cara. Es de absoluta irresponsabilidad que el coronavirus 19, en Costa Rica, fue el que interrumpió la campaña con que grandes medios de comunicación, desprestigiaban al sector público e iban poniendo en cuestionamiento la importancia de los servicios de salud, en el país. Hoy, Macaya corre a la compra de equipo médico de soporte básico, en medio de la crisis.

Por ahora, ojalá nos (man) tengamos íntimamente unidos, telarmente, recordando que la salud, habla de un saludo sincero de fe en la otra y en el otro, “codo a codo”, pasándonos buenas nuevas; se trata de renovar la identidad pública que recoge lo más profundo nuestro ser espiritual, de seres vivientes y necesitados. Somos parte de redes, somos redes; seres orgánicos que ejercen “normalmente” todas sus funciones, y en este momento determinado, algo está interrumpiendo, y esto además de un dato individual, es una tarea de orden político —. Habla de que el disfrute de una salud como “bien público”, pasa por mi más profunda identidad personal.

Si se expresara como un derecho humano, de *sujet@s* *necesidad@s*, se apelará a la satisfacción que brindan redes humanas de soporte vital, cuya fe emerge renovada en la precariedad; en ese contexto de esperanza vivimos la acción colectiva, el derecho a mi salud y a la tuya, brindándonos salvación mediante recursos de redes solidarias, velando especialmente por quienes, en este momento, el sistema deja más desvalidas y desvalidos.